

Un verdadero Mushotoku



Kenshinkan dôjô 2014

Algunos de los principios que sustentan el fondo de las Artes Marciales Tradicionales son realmente difíciles de entender, siendo aún más complicado el intento de extrapolarlos a la vida diaria. En mi opinión, esa empresa es ya de una naturaleza casi del todo imposible para el común de las personas.

Uno de esos ideales, que pone en evidencia el purismo y la sinceridad de un estudiante de Budô cuando entiende su Arte como formación y mejoramiento de su personalidad, es el concepto *Mushotoku*, esto es: el desapego del fruto de la acción realizada.

Siendo, como es, un precepto muy tenido en cuenta en el entorno de los practicantes de Budismo Zen, no debería serlo menos entre los budokas sinceros, aunque bien es cierto que el Budô se ha convertido en nuestro tiempo en un Arte alejado ya de aquella que era su concepción original: un contexto en el que Palabras Mayores, como *Mushotoku*, constituían el principio y el fin de su estudio.

De igual manera, en las tradiciones del Bujutsu medieval de Japón, los practicantes continúan haciéndose eco de esta premisa elevada pero también para ellos su puesta en valor resulta ser, en la mayoría de los casos, una inalcanzable tarea.

Con motivo de un *keikô* especial desarrollado en nuestro dôjô, volvimos a barajar este y otros principios que han sustentado la práctica diligente y alimentado la filosofía de fondo de nuestro amado Budô. Al hilo de la explicación expuesta, recordé una prueba notoria de la verdadera naturaleza de este axioma que tanto calado conlleva: un episodio que pude escuchar en el transcurso de un viaje realizado hace más de veinte años de boca de aquel que fue su principal protagonista.

En el mes de Julio de 1993 acudimos a un *Gasshuku* de Katori Shintô ryû que dirigió Michel Coquet Sensei en Grenoble, Francia. Habíamos cruzado nuestro país y gran parte de Francia cargados con nuestras mochilas, armas y *keikogis*, para disfrutar de una semana en las montañas del Este del país, acompañados de entrañables amigos y amigas procedentes de España y del país vecino.

El trabajo había sido intenso y las enseñanzas de Michel nos habían vuelto a estimular tanto en relación a la práctica y estudio del Budô como en nuestro propio camino personal. Regresábamos cargados de todas las buenas intenciones y entre todas ellas una se había instalado con fuerza en nuestros corazones: el compromiso claro y firme de involucrar a nuestro dôjô en la Cooperación Humanitaria.

Michel Coquet Sensei nos había aleccionado sobre la situación que atravesaban los Balcanes debido a la guerra y él mismo junto a un puñado de alumnos del Grupo de París había participado en una iniciativa similar. Su destino había sido Croacia. Desde allí, la Ayuda Humanitaria proporcionada fue distribuida como mejor consideraron las autoridades del Hospital de Rijeka, en el norte del país.

Para nosotros el momento era complejo. Teníamos la intención de abrir *Seiza* dôjô en el mes de Septiembre y el tiempo apremiaba. No obstante, la crisis de los Balcanes hacía estragos y la guerra golpeaba sin piedad a la población civil. Haciendo frente a esas dos empresas -la inauguración de nuestro nuevo dôjô y la organización de la Ayuda Humanitaria- comenzamos el trabajo dentro del ámbito más inmediato: los alumnos y alumnas de nuestra Escuela. Posteriormente, otros grupos fueron haciéndose eco del proyecto, sumándose voluntades e iniciativas de nuestra propia Ciudad, así como amigos y amigas de otras ciudades de Extremadura.

Todos aportaron esfuerzo, dedicación, tiempo y energía para sacar adelante un cargamento de altura. No fue, desde luego, una aportación menor. En el transcurso de cinco meses de trabajo logramos: cuarenta toneladas de alimentos, instrumental quirúrgico y radiológico, medicamentos, material escolar, ropa en abundancia para mitigar el crudo invierno y juguetes de buena calidad para niños y niñas.

A mí me tocó ir en el convoy. Salimos de Badajoz a principios de Diciembre y diez días más tarde estábamos listos para entregar el cargamento en el Hospital de Rijeka, en el norte de Croacia. En nuestro periplo, atravesamos: España, Francia, Italia, Eslovenia y Croacia. Después de

meses de trabajo intenso todo se resolvió en unas horas. El inmenso tráiler había quedado, definitivamente, vacío.

Mi espíritu estaba dividido: ¿Habíamos actuado con desprendimiento...? ¿Supimos poner en práctica aquel Principio en el que decíamos creer...? ¿Esperábamos un reconocimiento mayor, alguna recompensa por tanto trabajo realizado...? En el transcurso de mi regreso encontraría una respuesta a mis interrogantes.

Decidimos volver rápidamente a España, se acercaban las Navidades y queríamos pasarlas junto a nuestras familias. Tomamos la autopista que nos conducía de vuelta a Italia y llegamos a Milán. Desde allí, yo tomaría un avión a Madrid, mientras Josep, el conductor, volvería a Barcelona con otra carga tomada en aquella misma Ciudad.

En el viaje de vuelta Josep me contó una historia increíble que me ha acompañado desde entonces y que demuestra muchas cosas: entre ellas la importancia de ir sembrando buenas acciones en el transcurso de nuestra propia Vida, llevándolas siempre a cabo por el simple deber de realizarlas, sin esperar nada a cambio.

Aquella experiencia que me narró Josep contenía dentro de sí un auténtico espíritu *Mushotoku*, es decir: un verdadero desprendimiento y un real desapego del trabajo realizado.

El suceso aconteció en Mónaco. En uno de sus continuos viajes por Europa, Josep, de regreso a Gerona, donde residía, fue sorprendido por una tormenta sin igual. La lluvia era intensa y anegaba por completo la carretera. Las condiciones se mostraban extremadamente adversas y había perdido completamente la visibilidad. Los conductores perdían el control o estacionaban sus vehículos en el arcén, impotentes ante las condiciones desfavorables del tiempo.

En un momento de su recorrido, Josep advirtió un turismo accidentado violentamente. Una familia había sufrido un accidente y su vehículo se había precipitado al río, donde se hundía sin dilación. La situación era complicada, unos padres luchaban por rescatar a sus pequeños, tratando a la vez de mantenerse a salvo ellos mismos. Josep bajó de su camión, les

prestó los primeros auxilios, los condujo a un hotel cercano, pagó las facturas y les proporcionó todo lo necesario para volver a España pues, además del equipaje, la documentación se había quedado en el interior del automóvil. Lo habían perdido todo, pero habían salvado sus vidas.

Como los acontecimientos se precipitaron, todo transcurrió de forma confusa, y no hubo despedidas formales, intercambio de direcciones o teléfonos de contacto. Nada quedó entre Josep y aquella familia, exceptuando el recuerdo agradecido hacia aquel que supo prestar su ayuda desinteresada en un momento tan crítico.

Pasaron dos años y Josep mantenía su ritmo vital, conducía su mercancía por las autopistas de toda Europa y volvía a Gerona los fines de semana, para ver y estar con su familia. Una tarde se encontró gravemente enfermo y hubo que bajarle urgentemente al Hospital del Mar, en Barcelona. Había sufrido un infarto y su pronóstico era de extrema gravedad. Lo ingresaron de urgencia en quirófano y fue operado a vida o muerte, salvando milagrosamente su vida después de una larga y complicada intervención que resultó finalmente todo un éxito.

Transcurrieron los primeros días de observación y Josep salió de la situación de gravedad en la que se encontraba, comenzando a recuperar sus constantes vitales. Había superado lo más difícil, su vuelta a la vida era ya una realidad.

Al retomar la plena conciencia quiso conocer al cirujano vascular que le había salvado la vida. Deseaba fervientemente reunirse con él, darle gracias infinitas y abrazarlo. Esto, efectivamente, iba a ocurrir ese mismo día, porque el doctor ya pasaba su consulta, atendiendo uno por uno a sus pacientes, administrándoles personalmente el tratamiento y dándoles los primeros y valiosos consejos.

Cuando el médico entró en la habitación, Josep se quedó sin habla. Aquel doctor que le había salvado la vida no era otro que el padre de familia al que él mismo había ayudado dos años antes en una autopista del Principado de Mónaco; aquel, a quién Josep había rescatado de un río, a quien había buscado alojamiento seguro en aquella noche de tormenta, a

quien había devuelto a España sin pedir nada a cambio; y, también, aquel de quien nunca más, desde entonces, había tenido noticias.

El círculo se había cerrado. La Vida había vuelto a reunir una relación truncada y aquella amistad, que no pudo ser, había quedado definitivamente establecida para no volver a romperse nunca jamás.